



Demagogia

Mi última visita a Palacio — había estado ya en él otra vez, hace cosa de diez años — y los comentarios — de históricos y de ruines — que a ella se han hecho aun antes de saber su sentido y su contenido me han corroborado en la tristísima idea que abrigo respecto a nuestros partidos políticos, dinásticos y antidinásticos, y confirmádome en mi constante propósito de mantenerme apartado de ellos. En espera de que surja algo más sereno y más decidido a la vez, con más sentido de la realidad histórica y con menos de secta y de mera organización electoral y para la colocación y medro de los partidarios.

Tan triste idea está formada de nuestra vida pública, que no se concibe que pueda nadie subir las escaleras de Palacio, llamado a él, sino a rendirse a este régimen de negociantismo, de clandestinidad, de trampa adelante, de irresponsabilidad ilegal, y a buscar no sabemos qué recompensa por ello. ¿Recompensa? No tenía nada que pedir para mí y nada pedí. Sí sólo justicia para todos.

Pero lo más triste de todo esto es el barrizal de infimas representaciones en que chapotean nuestros políticos. Como me acompañó el presidente del Ateneo de Madrid, ya que a propósito de un discurso que en este centro había pronunciado, y para enterarse mejor de su contenido y sentido, parece que se me había llamado, no han faltado sagaces comentaristas que han deducido de ello que me he afiliado al partido del conde de Romanones o por lo menos que me he aliado con él. Sin que haya faltado periódico — el caso es madrugar en noche cerrada — que haya anunciado que seré, en breve plazo, ministro de Instrucción pública con el Conde. ¡Disparate mayor! Ni él me ha propuesto nunca semejante cosa.

Cuando hace poco, Romanones, refiriéndose a un artículo en que mencionaba, yo lo que se decía de sus tratos con Maura, hijo mayor, y Cambó para formar un partido de centro, me decía que eso no eran más que infundios y fantasías, me reservé mi juicio; pero ahora, después del nuevo infundio que me ataño, he llegado a creer que me hablaba con absoluta sinceridad, con esa sinceridad que se rehusa reconocerla.

Lo lamentable, lo verdaderamente lamentable es el plano en que se ve nuestra vida política y el género de menudadas pasiones que sus vicisitudes suscitan. Todo chico, todo menos que chico. Yo llevé a cabo mi acto, acudí a la entrevista a que se me llamaba, sin lo que los políticos suponen una debida preparación, como a una cita privada que no había de ser clandestina. Lo que era y es mi falta de picardía, de lo que ellos llaman habilidad, les desconcertó. Y, sin embargo, esa que suponen falta de habilidad suele ser la habilidad suma. Quería romper con sus procedimientos, con sus tristes procedimientos de hombres de partido y de medro. Me dejé querer, me dejé llevar, hice como que me dejaba engañar y así pude hablar como debía, así pude rendir a mi patria un servicio. Y ahora, más libre que antes, pues que nadie podrá decir en adelante que al denunciar los males de este régimen de negociantismo, de este despotismo que últimamente parece que se amaga — más por atrición que por contrición — al poner al descubierto las úlceras de esta piel podrida que se está cayendo a túrdigas — cuando la nueva no se ha formado aún, — me arrastra un despecho individual, un pleito privativamente mío.

¡Qué de cartas he recibido de esos pobres sedicentes republicanos — y si son jóvenes más históricos aún, — que se pasan las horas muertas en soñar una revolución de zarzuela! ¡Hasta con sus signos cabalísticos y todo! Y es lástima, sí; es lástima que esas pobres gentes, sanas de intención a las veces, se es-

tanquen en semejante puerilidad. Esto los de sana intención, que luégo hay los otros, los timberos, los del garrote, los que aspiran a ser consumieros o algo por el estilo.

¿Meterse uno en un partido de esos? ¡Dios me libre! (No faltará lector que diga: «¿Mienta a Dios? ¡Ya sabemos lo que es!») Dios me libre de servir de pendón a nadie. Tienen que cambiar mucho nuestros pobres partidos políticos, kabileños, nuestras taifas electoreras, nuestras agrupaciones rebañegas y de programa meramente retórico, para que pueda caber en ellos un hombre que cultive el sentido histórico. Lo mejor es dedicar a la educación política, historicista, del pueblo, a la pedagogía del pueblo, o sea a la demagogia. A la demagogia en el más alto sentido. Sólo así podrá librarnos el pueblo de este régimen que nos degrada y consume.

Miguel de UNAMUNO.